

1. Tratado de maldición taurina

Es un placer estar una vez más en esta tribuna para hablar sobre la historia de nuestra Fiesta. Harto como estoy de los resúmenes fin de temporada, de las concesiones arbitrarias de plazas y demás asuntos de rabiosa actualidad, es una satisfacción para mí estar ante ustedes para hablar de la fiesta de otros tiempos. De sus ángeles y de sus demonios. De sus demonios y de sus ángeles. Y del Ángel Caído por excelencia: Félix Rodríguez.

No existe un único escalafón de toreros. Hay tantos escalafones como gustos personales. Desde luego, al final el asunto de las corridas toreadas y las orejas obtenidas sólo interesa al estadístico y a Hacienda. A bote pronto y en cualquier charla de sobremesa suelen surgir tres escalafones toreros muy sugerentes e interesantes. Primero habría que hablar de los toreros que han arrastrado masas a las taquillas; de los favoritos de eso que se ha dado en llamar el gran público. Estos toreros muchas veces son mirados con reparo por el aficionado clásico y el profesional taurino, pero su valor y su personalidad es tal que son imparables. *Frascuelo*, el *Espartero*, Belmonte, *Manolete*, el *Cordobés*... Carisma y valor. Las masas entregadas con fervor. Aquí no incluyo ese subproducto de los toreros mediáticos o del *cuore*. Se trata de un fenómeno periodístico de exaltación de mediocres, ajeno por completo a la entraña del toreo. No se puede comparar a esos mindundis con la conmoción extraordinaria que causaba en el público Juan Belmonte o *Manolete*. Diestros tan inconmensurables que acaban siendo aceptados y admirados por todos, convirtiéndose en clásicos.